

RIO:



MIL MUERTOS

CUANDO en 1950 se inauguró el gran estadio de Maracanã, no podía pensarse que quince años más tarde el escenario de los campeonatos mundiales de fútbol sería utilizado como asilo de refugiados. Las lluvias que durante cinco días consecutivos cayeron sobre Río de Janeiro inundaron la ciudad y llevaron los botes salvavidas a las calles donde antes corrían los grandes coches norteamericanos. En la semana del diez al dieciséis, desde el lunes al viernes, no salió el sol. En Río es verano y la tormenta tropical no es extraña, pero siempre suele ser más benigna y corta. Millares de personas —veinte, cincuenta o más miles?— vieron sus casas destruidas. Son, la mayoría, gente pobre que vivía en las barriadas, en las pequeñas favelas de las colinas, en los míseros poblados de las afueras. La confusión fue grande: las aguas arrastraban cadáveres y muebles, coches y cortinas... Los hogares quedaban arrasados; apenas alguna pared se mantenía en pie y sobre ella la familia que la había construido con sus propias manos trataba desesperadamente de salvarse de la inundación, con los niños gritando de miedo y hambre. Hasta Copacabana quedó enterrada bajo el fango rojizo-amarillento que el agua turbulenta arrastró de las colinas... Cerca de mil personas han muerto y tres mil resultaron heridas. En los cinco días fatídicos no funcionó nada: no se repartió el pan, ni la leche, ni alimento alguno; las comunicaciones estaban cortadas y sólo las barcas que en los últimos días navegaban por las calles llevaban socorros a los hombres aislados...

«Segundo diluvio» han llamado los cariocas a este temporal. Cuando el sábado salió el sol la ciudad era, a la vez, una imagen de la muerte y de la resurrección. Por un lado, las casas destruidas, el fango manchándolo todo, los muebles y puertas destrozados en medio de la calle... Por otro, los habitantes de Río que saltaban de alegría al ver el sol y se abrazaban unos a otros. La tragedia quedaba atrás en los muertos, otros trataban de combatir la amenaza de epidemias —tifus, sobre todo— que se cernía sobre la ciudad...

Así murieron muchos: enterrados. Mientras unos desenterraban a los muertos, otros trataban de combatir la amenaza de epidemias —tifus, sobre todo— que se cernía sobre la ciudad...

Ahora Río está limpiándose del fango y pronto —sin apenas transición de la tragedia a la fiesta— comenzará a preparar sus carnavales. Quince mil turistas son esperados para el veinte de febrero y cuando se vayan, al término del Carnaval, habrán dejado cerca de doscientos millones de pesetas. La ciudad los necesita, porque los ciento veinte millones que ha concedido el Gobierno para socorros son insuficientes.

(Reportaje gráfico DALMAS y CIFRA)



El temporal tropical que ha caído sobre Río de Janeiro —el «segundo diluvio»— ha sido asolador. Unas mil personas han muerto. Millares de casas quedaron destruidas. La vida de la ciudad se detuvo durante cinco días.

